

e independiente mucho más que lo conservan las formaciones del «espíritu objetivo» (estado, derecho, economía).

El valor del arte persiste en cuanto que plantea las relaciones más fundamentales del hombre con los demás hombres y con el universo: el secreto del arte está precisamente en que traspone la situación histórico-particular al plano de lo histórico-fundamental. En cada momento histórico el hombre concreto aporta algo a los problemas y situaciones genéricos, creando una permanencia y una universalidad, y el arte es el medio ideal para expresar lo genéricamente humano de cada época, eternizando así en cierto modo una situación particular. El artista parte del hombre existente, limitado, y tiende al hombre universal, total; trata de «resolver el conflicto entre esencia y existencia, trata de *ser lo que es*, condenando en nombre de aquélla la facticidad alienada de ésta». El arte es, así, protesta contra lo existente; evoca la esencia de nuestra realidad a través de su ausencia y negación en nuestro mundo existente y «expresa la exigencia de armonía y de la plenitud de su existencia, es decir, de los bienes más preciosos de que la sociedad de clase le priva» (Trotsky). Pero en su postulación de libertad y del hombre total el arte es siempre utópico, intento de trascender la miseria de la condición histórica por vía de la imaginación, y por eso es un fracaso siempre y sólo en el futuro la evolución histórica o la revolución pueden convertir esos valores artísticos en tejidos palpables.

En resumen, el libro resulta enormemente sugestivo. Fernández-Santos demuestra ser un excelente conocedor, polemista y divulgador de las corrientes europeas actuales de la filosofía dialéctica, y, desde luego, uno de los más potentes pensadores españoles en este terreno. Esperamos con impaciencia su siguiente volumen de ensayos, ya anunciado.—JOSÉ ALVAREZ JUNCO.

MIGUEL DE UNAMUNO: *La agonía del cristianismo, mi religión y otros ensayos*. Editorial Plenitud. Madrid, 1967.

Se vuelven a editar las obras de Unamuno. ¿Es éste un hecho casual o responde a un motivo real? ¿Puede Unamuno todavía decirnos algo? ¿Podrá decirlo en el futuro?

En el prólogo a una antología de textos unamunianos, afirma Aranguren: «Un escritor merece ser llamado verdaderamente clásico

—más allá de todo «clasicismo», «barroquismo» o «romanticismo» que quepa atribuirle— cuando tiene palabras importantes que decimos a hombres de muy distintas épocas, sumidos en circunstancias diversas, apoyados en diferentes y aun contrarias concepciones de la vida». ¿Es Unamuno un escritor clásico? Toda la introducción de Aranguren está destinada a demostrar que sí. A diferencia de Ortega, aprisionado en una escuela—que, como toda escuela, si no es sometida a revisión, se convierte en escolástica—, Unamuno «permanece enteramente libre entre nosotros, puro *excitator Hispaniae*, que nos estimula y mueve, que nos grita». Lo que más le separa de nosotros es su «impúdico intimismo», que en aquel tiempo estaba justificado, como lo estaba el «preciosismo» de prosa orteguiana. Pero, en cambio, ¡cuántas cosas le acercan a nuestra sensibilidad! Una de ellas se refiere a los problemas relacionados con la fe y el ateísmo. El libro que presentamos recoge, en este sentido, algunos de los ensayos más significativos de Unamuno.

En 1965, con motivo del centenario de su nacimiento, escribí un ensayo sobre Unamuno que me pidió una revista universitaria de Bilbao y que fue luego reproducido en *Indice* (núm. 195). Valiéndome del método dialéctico, hice ver que nuestro escritor vivió trágicamente, víctima de una contradicción y de una lucha que no se resolvieron nunca. Unamuno no salió del ateísmo, pero, al mismo tiempo, nunca perdió la voluntad de creer. El libro que comentamos recoge el soneto escrito por Unamuno tres días antes de su muerte y que es lo último escrito por él; el poema expresa magníficamente con su juego intrincado de palabras la contradicción irredenta en la que le sorprendió la muerte. Unamuno no es cristiano, sino el más importante de nuestros heterodoxos.

También es muy significativo, a este respecto, el capítulo que en su *Agonía del cristianismo* dedica Unamuno a la fe pascaliana. Anticipándose a Lucien Goldmann—que en su *Le Dieu caché* realiza una interpretación dialéctica y marxista de los *Pensamientos* de Pascal—, Unamuno sostiene que Pascal no llegó a estar estrictamente convencido de la existencia de Dios. «Quería creer... Su fe era persuasión, pero no convicción... Y su lógica no era una dialéctica, sino una polémica. No buscaba una síntesis entre la tesis y la antítesis; se quedaba, como Proudhon, otro pascaliano a su manera, en la contradicción». La explicación es tendenciosa, porque Unamuno lo que hace es asimilar la experiencia pascaliana a la suya propia: ¡él sí que permaneció en la contradicción!—querer creer y no poder.

A Unamuno podría tenérsele por cristiano, si previamente entiéramos el cristianismo como él lo entendió: como una lucha, como

una *agonía*—según el sentido etimológico de la palabra, que es el de «lucha», «competición»—. Todos los textos incluidos en el libro que glosamos, especialmente el que da título a la obra, están destinados, de un modo u otro, a explicar el cristianismo como una contradicción viviente.

*La agonía del cristianismo* fué escrito «casi en fiebre» en París, a fines de 1924, durante su exilio, «en plena dictadura pretoriana y cesariana española». No puedo resistir mi deseo de transcribir al lector este párrafo: «Aquí no puedo contemplar la sierra, casi todo el año coronada de nieve, que en Salamanca apacienta las raíces de mi alma; ni el páramo, la estepa, que en Palencia, donde está el hogar de mi hijo mayor, aquietta mi alma; ni la mar sobre la que a diario veía nacer el sol en Fuerteventura. Este río mismo, el Sena, no es el Nervión de mi villa natal, Bilbao, donde se siente el pulso de la mar, el flujo y reflujo de sus mareas...» Esta obra reproduce gran parte de otra con título parecido: *Del sentimiento trágico en los hombres y en los pueblos*, pero «en forma más concreta, y, por más improvisada, más densa y más cálida... Lo que voy a exponer aquí, lector, es mi agonía, mi lucha por el cristianismo, la agonía del cristianismo en mí, su muerte y su resurrección en cada momento de mi vida íntima». Como todos sus libros, éste nació de sus congojas religiosas. Si Unamuno fue algo, fue un grandioso espíritu religioso, aunque su religión no se adscribiera nunca a ningún credo o confesión.

La agonía del cristianismo tiene varios sentidos. Por una parte, Unamuno sintió en sí mismo la lucha entre el agnosticismo de su tiempo y la fe cristiana: «El cristianismo mata a la civilización occidental, a la vez que ésta a aquél. Y así viven, matándose.» Pero esta antinomia tiene su raíz en otra más profunda: «Esta revelación de Dios, este misterio, tenía que ser en adelante para ellos [para los cristianos] su historia. Y la historia es el progreso, es el cambio, y la revelación no puede progresar.»

El talante de Unamuno era trágico. Rehuía cualquier apaciguamiento o síntesis. «No me dejes descansar ni detenerme sino para tomar un ligerísimo huelgo en mi senda, Señor. No me dejes descansar. Visítame de continuo con los apretones de tu diestra, y estruja en ella a mi corazón hasta que suelte sangre. Porque yo sé, Señor, que cuando la conciencia descansa, que cuando la congoja nos deja, cuando no nos angustiamos mirando a lo lejos donde se pierde, en lontananza y bajo tu cielo, entre tinieblas, nuestro sendero, caemos en cobardía y mendiguez.»

En ésta, como en todas las obras de Unamuno, puede advertirse la hondura de su lenguaje. En él es muy frecuente la invención de

vocablos, derivándolos del latín y del griego, que conocía a la perfección. Así «noluntad» (del latino *nolo*, no querer), paralelo de «voluntad» (de *volo*, querer): el vocablo es de notable fuerza. Casi siempre recurre a la etimología de las palabras; fíjese el lector en cómo desentraña el sentido de la palabra «pordiosero»: «En España, el mendigo pide una limosna por amor de Dios, y cuando no se le da la limosna, se le contesta: «¡Perdone, por Dios, hermano!» Y como el mendigo pide por Dios, se le llama pordiosero. Y como el otro, el supuesto rico, le pide perdón por Dios, podría llamársele también pordiosero. Y por dioseros los dos.» (p. 63). El lenguaje de Unamuno es siempre entrañable, prístino, balbuciente, como si asistiéramos al nacimiento de las palabras, como si se nos descubriera su entraña.—ROMANO GARCÍA.

ANGEL GONZÁLEZ: *Tratado de urbanismo*. Col. «El Bardo». Barcelona, 1967.

La poesía social, caracterizada como movimiento literario definido, si bien cumplió un objetivo, adolecía de ciertos defectos que motivaron su desaparición en favor de otras inquietudes posteriores, distintas de aquélla ciertamente, pero vaciadas en su propio molde.

Comparto con el poeta Luis Feria (1) el criterio de que, debido a la escasa difusión que la poesía tiene, las posibilidades de inserción plena de la poesía social en el mundo y, consecuentemente, de su función en él, quedaron notablemente disminuidas. Lo mismo, dice Luis Feria, el prescindir de elementos esenciales como la muerte, el tiempo o el amor, fue nefasto para que se lograra ese pretendido acercamiento. Ahora bien, me parece imprescindible este movimiento poético, considerando lo social en sentido amplio, para la formación y toma de carácter de una inquietud poética como la presente.

Y digo esto por Angel González. Este esquema pasa a su haber de poeta de forma característica y peculiar. Angel González toma lo social analítica y críticamente, dándole su matiz, apuntándolo en sus resquebrajaduras esenciales.

Nacido en Oviedo en 1925, es uno de los de más edad entre los poetas jóvenes españoles. Su perspectiva histórica, por tanto, es algo más definida que en el resto de sus compañeros de generación. González, como la mayoría de ellos, es un poeta universitario: cursó De-

(1) Diario de Las Palmas. «Cartel de las Artes y las Letras». *Diálogo con la nueva poesía española: Luis Feria*. J. R. P. Las Palmas, 10 mayo 1967.